
MI MUSA

A un Poeta.

Te escribo estas líneas en aquel cuarto que tú conoces y no ha cambiado en nada la decoración de ese segundo acto de mi vida de estudiante, que se llama recámara. . . .

Al lado del enorme cuadro de la *Life Insurance Company*, prosigue con sus vivos colores aquel como regalado por una droguería, el pequeño bajo-relieve en oxidado cobre del General Lafayette (de perfil), el busto del maestro Altamirano en yeso, la rayada cómoda recargada de pinceles, malas acuarelas, botellas de *aguarrás* y pinturas al óleo, la misma sobrecama de cretona (de dos vistas) cubre el tembloroso catre y el enorme librero exhibe los multicolores lomos de mis libros, ocultos aquí por un retrato de Berta Marx, allá por una vista de Texcoco y otras menudencias que no disimulan el deterioro de los volúmenes a la rústica.

Florece los heliotropos y las margaritas en los

rotos trastos del corredor y la jaula del canario está en el quicio de la puerta para que se asolee; el brillante animal se baña en este momento en un plato de cristal azul, que fué juguete de posadas. . . . No tengo vecinos, así es que aquella joven que estaba empeñada en ser soprano, para felicidad mía no lanza al aire los primeros y desgarradores compases de aquella *Stella confidente*, que cantaba a su modo.

Sólo una cosa falta en este cuarto, una sola: las violetas en el ánfora de cristal, que sin agua, sin flores y en polvo, causa el efecto de un incensario vacío, ¿y por qué vacío? Porque ya no hay diosa a quien incensar.

La silla en que tú te montabas con el sombrero echado atrás y el cigarro en los labios, necesita nuevo asiento, y en cuanto a la mía, la he substituido por una de *reps* verde que hay en la sala, cuando escribo, y por un crujiente equipal, cuando leo.

Leo mucho en estos días, leo para contestarte a esa pregunta capciosa que has formulado en estos términos: «¿Quién es tu Musa?» Y no, no puedo contestarte categóricamente, porque bien a bien no lo sé. Existe, pero es una entidad tan vaga, está tan escondida en el fondo del alma, que ni conozco bien su perfil, y apenas me atrevería a pronunciar su nombre. Nada es tan difícil como leer esas historias del corazón. . . . Se parecen, aunque para tu sentimentalismo juzgues prosaica la figura, a los cuadernos de escritura de un colegial. Comienzan por los *palotes*: gruesas rayas, disperejas unas, torcidas las otras, dan idea entre las dos pálidas rayas azules de la pauta, de un ejército de ebrios; en ellos no hay letra todavía, es el primer ensayo, el primer elemento, que, combinado, formará una palabra: es el famoso *primer amor*, ese juego de novios, en el que casi siempre las primas ocupan un lugar culminante. Vienen en seguida las vocales: la *a*, muy gruesa; la *e*, cabizba-

ja; la *i*, que es un *palote* degollado; la *o*, próxima a reventar, y la *u*, como consorcio que se divorcia. . . . Ese es el período de transición, de curiosidad, en que el amor no es aquello de dar el dulce a una ella, hacer confidencias al hermanito menor y robarse los días de santo un *pensamiento* de los *bouquets* de la sala. . . . No, entonces se quiere amar para contarlo a los amigos, para fumar en la esquina de una calle el primer cigarro, ladearse el sombrero, esconderse en un zaguán y declarar espía al primero que pasa, siempre acompañado de dos amigos, uno experimentado, que nos aconseja que saquemos un papel y lo enseñemos a la niña de vestido corto que está en el balcón, y otro que palidece cuando la mamá se asoma para llamar a un dulcero.

Hasta aquí la escritura es enteramente elemental: escribimos *favor* con *b*, *esperanza* con dos *z* y así sucesivamente; pero empieza el alba a anunciarse en la bruma infantil, se encienden los primeros reflejos de la juventud, se sienten cosas muy dulces, pero que nos dan miedo; oímos con más atención las conversaciones y parece que la vida es una persona que sólo habla a los que tienen el corazón algo desarrollado; porque todo, todo tiene entonces un lenguaje que vamos traduciendo poco a poco. Algo nos dice la última ráfaga púrpura del ocaso; algo se esconde en las obscuras frondas donde aletean los somnolientos pájaros y mucho, mucho encierran la flor que se abre en un jarrón de tocador y las violetas que se marchitan, se mueren en el seno de una mujer. . . . Ya el verso tiene más que cadencia para el oído, la luz más que claridad para la mirada y el amor más que pasatiempo para el corazón. . . . es la época en que todos son poetas. . . . En el cuaderno de escritura escribes «*los pájaros cantan*», con letra suelta, y te permites los primeros rasgos caligráficos, esa poesía de la pluma; ya no copias las máximas

morales escritas al principio de la página sino algunas que te pertenecen, que has improvisado, que has sentido y no olvidarás jamás. Lee ese cuaderno: nada dice para los otros en sus palabras aisladas, pero mucho, una inmensidad de cosas dice para tí, tan tiernas, tan íntimas, tan queridas, que sonríes con no sé qué melancolía. . . . la de esos desterrados que vuelven la mirada hacia el hogar que dejan, y para mayor tristeza no se convierten en estatuas de sal. . . . porque no es una ciudad que arde lo que ven, sino el espigal donde vagaba una Ruht. . . . La ciudad mal-dita está más lejos.

¿Quién es mi musa?

Leo los nombres que ayer fueron mi lema y hoy son epitafios, pensamientos que me parecen demasiado candorosos y páginas ridículas y no me conozco. Me contemplo en aquella época como a un individuo a quien no he visto: con esa curiosidad con que ve uno el retrato de un niño muy rizado, con la cara espantada, el ropón mal hecho, los calzones largos y los zapatos muy brillantes. Te lo enseñan y te preguntan:

—¿Quién será este muchacho?

—No lo conozco. . . .

—Eres tú. . . .

—¿Yo?

—Sí, a los seis años. . . .

Y respondes que, o no te pareces, o has cambiado mucho, o el fotógrafo era malo. . . . Y es la verdad: la memoria no siempre pinta con exactitud el pasado, siempre le hace mucho favor, y no encuentro a mi musa de entonces, y los perfiles de mujer que evoco, algunos muy bellos, no me hacen decir con el gozo del que resuelve un problema: *esa es*.

Leo versos, hay estrofas en ellos que parecen la mera verdad, ya es el fuego tropical que traen a la memoria las frases: *besos quemantes, pupilas de fue-*

go, encendidos labios, sangre ardiente, ya la melancolía de un desamparado que llora en romance, suspira en décimas y se desmaya en un soneto. . . . No, no fué aquella A*** mi musa; no, protesto, me engañé! Pobre pájaro miope que canté (mal por supuesto), porque confundí una luz viva, creyendo que era la aurora, con la cauda deslumbradora de un cohete que no ha vuelto a brillar.

Los versos nada dicen y sus frases más cariñosas denuncian (¡cuántas veces!) un deseo de algo que no ha llegado todavía y no de un afecto real. Eso debe haberme pasado, una vez que hoy, al hojearlos, no me conmueven ni me agradan.

Y tengo Musa, yo la siento a mi alrededor: flota vaga, cambiante, pura. . . . como el perfil de una nube blanca en el azul; hay momentos en que me habla de paisajes desconocidos, esos paisajes destacados en la palidez de un ocaso y formado por brumas que se desvanecen, otros, me cuentan cosas que me hacen reír, ocurrencias de colegiala traviesa; me desconoce a veces, y se pone seria y se ausenta por muchos días, en que, cosa rara, me siento mejor, puedo escribir, porque tú sabes cómo influye la cercanía de una mujer cuando se trata de pensar con calma, y ella me vuelve loco. . . . es decir, romántico. . . .

Algunas ocasiones he creído que se refugia en el fondo de un sofá, bajo la forma de mujer, y me habla, pero no. . . . aquella no tiene esa mirada que yo busco, y me ha visto. . . . su voz carece de las notas de otra voz que recuerdo haber oído.

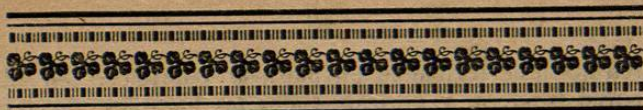
Y no te figures que es seria, viste larga y trágica túnica de mujer griega, se desliza como una heroína por el foro. . . . no, señor, la he visto pasar por la calle, estoy seguro; me queda la reminiscencia de un traje negro, no sé qué palidez, pero todo tan vago que me ha parecido un sueño.

Esa es mi Musa, la mujer desconocida, que ni sé

si me odia, ni espero que me ame, y así son todas las Musas. . . . Pasas y alguna vez en la obscuridad de la desierta calle, al ver la hora bajo el rojo farol, has vuelto el rostro, se ha alzado una cortina y un busto de mujer se ha destacado en la vidriera iluminada; ha desaparecido después, y siempre preguntarás: «¿Quién será?» Y pasarás día tras día sin que las cortinas se corran, ni las persianas se abran, ni mujer alguna aparezca, y quizá es una gente con quien has hablado, pero no la comparas porque a la otra la viste de noche, y no siempre se reconoce en la luz lo que se vió en la sombra.

Ya sé quién es mi Musa, veo su cara picareza, que ríe porque la he conocido, porque se le escapó una frase que yo oí entre otros labios, pero esa está muy lejos todavía. . . . anda vagando. . . . quizá no tiene casa, y quizá la busca. Era la que yo esperaba y debe entrar al corazón para vivir ahí siempre. Es una pieza arruinada, polvorienta; las telarañas se extienden en los rincones; hay en la pared huellas de clavos muy agudos, de los que colgaban queridos retratos; el ventanillo está sin pájaros ni flores y ostenta un triste papel que anuncia que está deshabitada. ¡Ojalá y ella pase y entre; ella, la desconocida, la que presiento! Entonces, quizá la desmantelada pieza, ¿quién sabe si será un verdadero hogar?

Esa, querido amigo, que yo espero sin que llegue. . . . esa es mi Musa.



Memorias de un Escribiente

I

Aquel 3 de Febrero fué un día muy alegre para mí: parecíame que cambiando de pieza cambiaba de humor. Toda la mañana se nos fué en mudar los muebles del escritorio. Habíase apoderado de la señorita Irene una fiebre de trabajo: púsose una toalla a manera de toca, para que el polvo no opacara las ondas de seda de su pelo castaño; vistió el más usado de sus trajes y con una fuerza inacorde con su delicada contestura, ya cargaba dos sillas, ya tiraba de la cómoda, en tanto que Luciana y yo le *dábamos una mano* del otro lado. No había mozo en aquellos días; así es que puede decirse que nosotros lo hicimos todo.

Mandáronme a la asistencia porque estorbaba y me entretuve, con el cuello distendido y de puntillas, en contemplar hasta el más insignificante cuadro que colgaba en lo alto del sofá; recorrí uno por uno los

retratos que formaban un plastrón caprichoso en la pared frontera, y curiosié todas las baratijas de las *etagéres*: una barría las hojas de leduga dispersas en la alfombra, encorvada, con una mano en la rodilla, y la otra, empuñando la escoba de popotes, daba pasos cortos, sacudía la cabeza para echar atrás los mechones de cabellos que la cubrían los ojos y resollaba fuerte para tomar aliento y descansar brevísimo rato.

La señorita Irene sacudía con el plumero sentada en el suelo. Buena sobada dió con el trapo a las patas del bufete que se rejuvenecieron, huyó el polvo secular que les daba un color gris, y quedaron brillantes como si las acabaran de barnizar. ¡Con qué orden puso todo! Los libros en lo alto, ordenados según su tamaño, y en los casilleros la caja de plumas, la caja de broches, los mangos y los lápices, el tintero limpio, a la derecha el limpiaplumas y todos los papeles prensados por el sabueso, que parecía dormido en una placa de cobre oxidado. Desconocía mi mesa en la que tanto desorden reinaba antes. Para buscar cualquiera cosa había que revolverlo todo, y parecía más que bufete, cajón de basuras.

Figuráos un bello sol, iluminando la pieza, las vidrieras que caían al corredor, donde las macetas con sus plantas empapadas infundían grata frescura, los pájaros muertos de gusto y arriba un pedazo limpiísimo de cielo. Adentro la blanda alfombra, para que yo pusiera los pies un tapete, cómodo sofá al lado, y en fin otra cosa! El piano estaba en la pieza de junto, precisamente pegado a la pared, en el lugar en que habían colocado mi escritorio. Yo tan afecto a la música ¡cómo iba a gozar!

Me parecía que cometía yo una falta de educación no yendo a ayudarles, pero... se me figuraba también que podían tomarme por confianzudo si me me-

tía de rondón, diciendo: aquí estoy. Ya sabía que me habían de responder:

—No se moleste, señor Cebada, si me gusta.

Ahí la tienen ustedes subiéndose en el *burro*, que servía para encender las lámparas, abajo Luciana, la joven ama de llaves, sosteniendo la máquina para que no se tambaleara, y ella clavando una alcayata para colgar el mapa de la República entre los dos librereros.

—¿Está bien, tú?

—Un poquito hueco de este lado.

—¿Así?

—Otro poquito... Vaya, ya está bien.

Y descendía pudorosamente, procurando no descubrir ni la garganta del diminuto pie.

Tenía unas ganas feroces de fumar, pero no me parecía propio hacerlo, dejaría apestando a cigarro y además no había escupideras, porque ¡nada se les olvidaba! las habían puesto junto a mi mesa.

—Ahora si creo que nada falta, señor Cebada.

—Señorita...

—¿Qué le parece a usted?

—Pues muy bien, señorita, muy bien... muy bien.

—Creo que estarán ustedes mejor que allá abajo. Vamos a ver qué dice papá ahora que venga. Ya es la una, puede usted irse a comer...

—Pues, con permiso... Yo me había conformado con hacerles la más amable de mis caravanas, pero me tendió la mano, y se la dí como si tocara una cosa sagrada...

Mi sombrero no parecía, porque estaba en otra pieza, y estuve a punto de caer cuando ella misma me lo trajo. Debe haberle dado asco tomarlo, tan viejo, tan empolvado, tan grasiento estaba!

—Mil gracias... a los pies de usted, señorita Irene.

—Adiós, señor Cebada...

Al pasar por el patio dirigí una mirada al antiguo

despacho, que estaba en compostura, habiéndole quitado el piso de madera, es decir, unas tablas comidas por la humedad y la polilla, un girón de roto cielo raso, manchado de goteras, colgaba hasta el piso, y el papel tapiz se desprendía con todo y pared. Aquello era un antro obscuro y fétido, con razón tuve un mes de intermitentes, y maldije mil veces el oficio, que lo obliga a uno, con los pies entumidos, a trazar renglón tras renglón, y carta tras carta.

En el largo trayecto de aquella casa a la mía, con alegre memoria recordaba la pieza luminosa, los muebles renovados, la señorita Irene, y en último término a Luciana, que como mujer y como ama de llaves llenaba las exigencias de reglamento.

II

Me detuve ante mi conciencia, con esa indecisión que embarga al que no se atreve a entrar a una pieza donde lo espera una escena desagradable. Pero era preciso: afectos hay que si uno no quiere confesarlos, no quiere mirarlos, ellos surgen y se presentan en toda su grandeza. Era fuerza hacer un resumen de lo que yo sentía. ¿Con qué derecho, me decía en un momento, en que a mi timidez de pobre se oponía mi orgullo de humano, con qué derecho, porque soy escribiente me he de sobajar al nivel de un perro, degradándome yo mismo, haciéndome incapaz hasta de sentir?

¡Ay, Cebada, más te valiera no haber nacido! ¿Para qué saliste de tu cueva húmeda y sombría, donde trabajabas sin más preocupación que el *Haber* y el *Debe*? ¿Para qué, tú, acostumbrado a la soledad y al retiro, te metiste a entablar diálogos con todos los de la casa y a espiar los menores movimientos de la señorita Irene?

El amor, que es para todos esa suprema aurora que hace de la nube fantasmas de oro, canción del ave, urna de esencia de la flor y altar del corazón; el amor, que es para otros la sonrisa de la vida y la nota dulce que flota sobre el dolor humano, aunque éste se haya encerrado en el insulto y en la blasfemia, ese amor es para los escribientes como tú, no la esperanza, sino la desdicha.

He ahí las consecuencias de tus malos pasos. En la mañana, al llegar, en vez de meterte muy serio y muy derecho a tu pieza, no señor, tosías, volteabas y tenías que encontrarla regando sus macetas. Saludabas, y ¿qué sucedía? que no faltaba pretexto para que charlaran un rato, sin recordar que las palabras, aunque parezcan viento, cristalizan lentamente en el alma, para tornarse mañana en una eflorescencia de pasión. . . . Sonrisas, timideces, mortificaciones, miradas confusas, de eso, de eso se forma el dulce sainete del amor. . . . Luego, aquello de espiar tras las cortinas, llamar a Luciana para pedirle vasos de agua, eran el pretexto, y oír hablar de ella, que era la intención. Tú, tan moderado y cumplido, no notabas que al señor Burgos le extrañaba aquel tu malestar indisimulable, y no ponía buena cara cuando encontraba a Luciana departiendo contigo? ¡Si supiera él, él tan delicado, que. . . su hi. . . qué horror! Húndelo, hunde ese afecto en el lugar obscuro y oculto, que sea en tu corazón como el despacho antiguo, debajo de las tarimas, como una prueba de crimen, que nadie sorprenda la verdad, que nadie la conozca!

No es correcta tu conducta, desventurado!

La única atenuante para tu crimen, que crimen se llama amar a ricos, es que no tienes la loca pretensión de que se fije en tí, y no te haces ilusiones. Mal harías en interpretar las pruebas de educación como pruebas de cariño, y si afecto te tiene, es el mismo que se le puede tener a un subalterno, a un

empleado. . . . Corrígete, Cebada, vas por peligrosísima pendiente. . . . Tu porvenir, es decir, tu empleo, se halla comprometido.

Y era la verdad; sentía que la terrible enfermedad de dulces pero mortales síntomas me invadía, y quería curarme. Escribía para no pensar en ella, dirigía mis ideas a otro terreno, pero. . . . de pronto, oíase ruido en la otra pieza, arpegios, escalas, preludios, y ella comenzaba a estudiar las romanzas sin palabras de Thomé, y. . . . pluma en ristre, quijada en mano, la mirada vaga y la boca abierta, ¿qué pensaba, qué soñaba, qué veía, qué figurábaseme? Que mi alma en esos instantes era algo sublime encerrado en el vil forro humano de un pobretón!

Nadie sabía la verdad completa, pero las conjeturas que siempre la preceden comenzaron a alarmarme. Ella misma un día me sorprendió abstraído, mordiendo la pluma y con los ojos húmedos. . . .

—Cebada, usted tiene algo, lo veo desmejorado. . . . ya sé. . . . ya sé que anda enamorado, ya me lo dijeron. . . . Cuénteme, ¿qué tiene?

—Nada.

Qué irónicas son algunas palabras: ¡nada! le decía yo con el alma en las pupilas y el dolor en el acento, ¡nada!

III

Llegó mayo, y con él la famosa fiesta. El señor Burgos, más bien la señora, opinó que sería útil aquel día, y las ayudaría a componer la mesa, a repartir los pasteles y vinos, y hasta podían encomendárseme algunas comisiones superiores a las que los criados desempeñan.

Ella se pasó el día en la sala, y yo yendo y viniendo de aquí para allí, trayendo, si no el vino, el salmón que faltaba, arreglando la *música* para las

nueve de la noche, viendo si por fin no venía el licenciado, y a la hora de comer vigilando a los niños, que tenían su mesa en el cuarto de costura.

Por supuesto estrené traje, me rasuré, y no debo haber parecido mozo, donde algunos varones me saludaban con cierta cortesía y me tendían la mano las señoras. Creo que eran las ocho de la noche cuando entré a la sala a llevar los helados y los pasteles. . . . Lo hice con torpeza suma, me ví ridículo en los espejos, y al llegar frente a ella, que platicaba con un señor sospechoso. . . . tomó el helado sin mirarme, hasta que alzó el rostro, y como avergonzada de haberme confundido con un mozo quizá, me dijo:

—¡Ah, es usted, señor Cebada!

Cómo me hirió aquello. El vino, que en esos días no se escasea, me había vuelto menos moderado que de costumbre, y me dejé caer en un sillón de la asistencia.

—¿Ya lo ves, Cebada, ya lo ves? A eso te expones, pero cállate, que ahí viene, domínate, no vayas a salir con una barbaridad.

—¿Qué hace usted tan solo, señor Cebada?

—Señorita Irene. . . . estaba. . . .

—Está usted muy emocionado, todo lo sé. . . . Por ahí una gente que yo conozco mucho lo trae trastornado.

—Juro a usted. . . . (con estupor).

—No me lo niegue. . . . ¿a que le digo el nombre?

—¿Quién? (con un miedo cervical).

—¡Lu. . . . cia. . . . na! ¿Qué cree usted que no se sabe todo en esta vida? Y es buena, señor Cebada, serán muy felices, le prometo hacerle buen tercio. Ya verá.

—¡Pues señor. . . . te lo mereces por imbécil, Cebada! ¡Eso es, llora, era lo único que te faltaba, no tienes vergüenza!